

sus hermanos. Palpita este corazón sin poder evitar dentro de su seno la perdición de tantas almas: se siente despedazar con las más vivas impresiones del espíritu de Dios como Pablo, y llega á tanto su ardor, que se comunican al cuerpo hasta padecer mortales raptos. Pide como Jeremías una fuente de lágrimas para llorar los excesos de su pueblo, y llega á sudar sangre con el doloroso amor.

Desea como Moisés ser borrada del libro de los vivientes, por no ser testigo de los castigos de Dios sobre los pecadores. ¡Cuántas veces se le oye decir que pasaría por las voraces llamas del infierno, privada de la vista de Dios, porque no pereciese! Quiere morir de tristeza como Elías al ver las prevaricaciones de Israel, y desea que se descarguen sobre ella todos los castigos que merecían los ingratos hijos de Adán.

¿Qué lágrimas no arrancaba de sus ojos la dureza de los pecadores? Mas que las que derramaron David por Absalon, Samuel por Saúl, Jeremías por Jerusalén. Corre á semejanza de un rayo que todo lo consume: aquí reprende como Natan, allí exhorta como san Pablo, aquí se muestra un muro de bronce como Jeremías, toda es fuego, toda actividad, todo espíritu semejante á aquella materia sutil inventada por los cartesianos, que circulando por todas partes, pone en movimiento cuanto encuentra.

Ya exhorta á los sacerdotes para que como ángeles veloces de Isaías, corran á los climas más remotos: ya escribe cartas como Gerónimo desde Palestina llenas de caridad y de celo á toda clase de personas: veinte y dos á los sumos pontífices, nueve á los cardenales, catorce á diversos prelados de la Iglesia, cinco á sacerdotes seculares, treinta y nueve á monjes, catorce á religiosos, diez y nueve á ermitaños, treinta y una á monjas, ciento diez y ocho á reyes y príncipes, cincuenta y cinco á personas de estado.

Ya escribe diálogos, como san Gregorio, para animar á pecadores y á justos. Ya pide al papa religiosos que la acompañen en los caminos con autoridad de absolver de cualesquiera censuras. Ya pide á Gregorio X que puedan los prelados que la acompañan celebrar misa, y dar la comunión aun en los despojalos á los pueblos que la siguen: ya camina de ciudad en ciudad como una ligera nube que derrama un saludable rocío por los lugares de su tránsito.

Si penetra manchado el interior de alguna alma, allí los suspiros á su Esposo, allí el no desistir de la empresa hasta conseguir una contrición fructuosa: se promete que la cargará sobre sus hombros como el pastor á la oveja: le enciende en el corazón la luz con que la mujer del Evangelio busca la prenda perdida, y la hace conocer sus pecados: la asegura que le alcanzará del Padre celestial la estola de la gracia, y se la echará al cuello como al Pródigo.

Si aún ve al pecador obstinado, ejercita en su presencia los actos de las más heroicas virtudes. Celebra la Escritura á Abinadab, porque pasó el primero el mar Bermejo animando con este ejemplo á los israelitas para que después le vadeasen; pero aquí echaréis de ver ser Catalina otro Abinadab, que se arroja al mar de la penitencia para animar á los demás.

Para convencer al delicado, lame el cáncer de una mujer: parece un Tobías en los hospitales; para animar al fastidioso asiste á una leprosa, y se cubre de lepra para hacerse semejante á Jesucristo: para convencer al avaro, parte el pan con el pobre como Job, y la santísima Virgen la ayuda á conficionarle: para animar al sensual descarga crueles azotes sobre sus espaldas: para animar.... ¿pero qué más he de decir?

Jesucristo está satisfecho de las proezas de Catalina, y debeis estarlo vosotros del mismo modo: *Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit*. Seguro se halla, según la expresión de Alapide, porque con ella no habrá trofeos de que necesite, no tiene necesidad de más despojos. Las esperanzas del Padre celestial de atraer á sí los pecadores, se llenaron por la palabra y ejemplo de Catalina, fuerte en los designios que concibió en orden á Dios. Acabais de verlo; faltame mostraros cómo fué fuerte en los peligros que sufrió por Dios, y estoy en la

SEGUNDA PARTE.

Tú lo dispusiste, Señor, y así convenia al bien de tus escogidos y á la condición de peregrinos que tienen sobre la tierra: Tú dispusiste que las cruces fuesen patrimonio de los santos, y que en todo tiempo hayan sido inseparables de la vida espiritual los trabajos, las aflicciones, los peligros. No es buen original de la vida de los justos Saúl en las grandezas, sino David en las injurias; Nabuco en la opulencia, sino José en las mo-

lestias; Faraon en los respetos, sino Moises en los trabajos. Conducta admirable de la Providencia, consagrada, dice san Gregorio, en la misma persona del Unigénito del Padre, á quien si como Dios le veis nacer entre los cánticos de los ángeles, poco despues le admiraréis en traje de pecador, derramando sangre en la circuncision. Si hoy le adoran los reyes, mañana le decreta la muerte un monarca ambicioso. Si goza en reposo los brazos de sus padres, luego se les pierde en el templo con sustos y dolores. Desde la ostentacion de un triunfo pasa al oprobio de un patíbulo. Conducta, repito, admirable de la Providencia, para probar la fidelidad y valor de sus criaturas, y la que observó puntualmente con nuestra vírgen.

Catalina, esta esposa del Señor que poco ántes habia arrebatado la atencion de su esposo con la hermosura de sus virtudes, semejante al sol en sus resplandores y á la luna en sus brillantes: *Pulchra ut Luna, electa ut Sol*, ahora llama de nuevo su atencion, porque se presenta como un ejército puesto en orden, y en accion de pelear: *Ut castrorum acies ordinata*: como un muro fuerte, y un baluarte inexpugnable contra la invasion de los trabajos: *Ego murus, et ubera mea sicut turris*.

Trabajos, peligros que afligisteis á Tobías en su ceguera, á Job en el muladar, á Ezequias en su enfermedad, sois inferiores para pintar lo que sufrió Catalina: vosotros solo tocasteis al cuerpo, los de esta heróica vírgen penetraron hasta lo mas íntimo del alma. Peligros y trabajos contra la pureza de su corazon, contra la delicadeza de su conciencia, contra el fervor de su celo. Apenas podré tocar de paso lo vasto de esta materia.

Peligros y trabajos contra la pureza de su corazon. Dáme hijos, decia Raquel á Jacob, porque si no me muero. Permitidme para llorar mi virginidad sacrificada el tiempo de dos meses, decia la hija de Jephthé á su padre. Expresiones carnales propias de una ley imperfecta como la de Moises, en la que se apreciaba mas la fecundidad que la virginidad. Estamos ya en la ley de gracia, en que se complace Dios de ver padecer á sus santos en defensa de esta preciosa flor sacrificada á su honor. De diez años se habia sacrificado Catalina, despreciando por un efecto raro de su fortaleza todos los esposos de la tierra, y presentando ante Dios una carne pura, que usando de las expresiones del Eclesiástico, era como un sol que nace al mundo de las al-

turas de Dios, como una luz resplandeciente colocada sobre el candelero santo, como unas columnas de precioso oro sobre fundamentos de plata.

Al mundo, á este mundo devorador de la virginidad; al demonio, á este Asmodeo sobre quien siempre vuelan las asquerosas moscas de la impureza, no les agrada esta resolucion: á fin de que retroceda de sus proyectos levantan contra ella una deshecha borrasca: la persiguen sus padres, sus parientes, sus criados, el mismo infierno, tanto y quizá mas que lo que persiguieron los Sodomitas á Lot, Faraon á Israel, Esaú á Jacob: á lo ménos el paciente es mas débil, y los perseguidores de mas poder. Pero tampoco fué ménos el valor de Catalina que el de estos héroes invencibles. Su pureza estaba tan acastillada que la podemos aplicar lo que los de Betulia decian de su patria: *In montibus positam superari non posse*.

Padres de Catalina, que sois sus tentadores, ó como os llama san Cipriano, sus asesinos y sus verdugos, desengañaos, nada pondrá susto á la resolucion de vuestra hija. Es otro Pablo á quien se le oye decir: *propter te mortificamur tota die; estimati sumus sicut oves occisionis, et in his omnibus superamus*. La pondréis á la vista un esposo de nacimiento, de talentos, de dignidad, pero os responderá como la vírgen Ines al prefecto de Roma: me solicitas á que admita á tu hijo por esposo, pero yo he hallado otro mejor que él; el esposo que yo tengo es el mas bello, el mas dulce, el mas agradable de los hijos de los hombres. Catalina no conoce la ternura hácia sus padres en este punto. Como el gran monje de Belen, no volverá atras aunque vea desnudos los pechos de su madre: *Et in his omnibus superamus*.

La entrega á una hermana que ama mucho para que la persuada á que se adorne y se componga. Artificio fatal de que usaron Jezabel para atraer á sí los ojos de Jehu, Tamar para engañar á Júdeas hijo de Jacob, las hijas de Sion para multiplicar sus amadores; pero que no obstante por una universal corrupcion de nuestro siglo, le permiten los padres á las hijas, los maridos á las esposas, como si san Agustin no hubiera gritado contra ellas. Oh! ¡cuánto no lloró Catalina el haber condescendido con su hermana algun tanto en este punto! No llegó su compostura ni á un pecado venial, dice san Antonio, pero concibió tal horror, que vuelta contra el confesor que la aseguró no habia pecado, exclamó: ¡ó Dios, qué confe-

sor tengo que así disimula mis pecados! No bastan mil infernos para castigar tanta ofensa. Sentimientos que estaban manifestando valor : *In his omnibus superamus.*

La hablaréis con palabras que cada una sea un trueno, la daréis muchos golpes, la destinaréis á la escoba, á la cocina, mandaréis á las criadas que la gobiernen. Allí el desprecio, allí la injuria, allí la afrenta, allí el pan con corteza. No pudo sufrir Aman que Mardoqueo no le hincase la rodilla. Catalina sufre que la traten como esclava : *Et in his omnibus superamus.*

Desengañaos, padres de Catalina, ya os lo dije, para frustrar vuestras esperanzas acaba de cortarse vuestra hija la hermosa madeja de sus cabellos, en que consiste gran parte de la hermosura de la mujer, segun la frase del apóstol.

No por eso cesa la persecucion. El demonio se pone de parte de sus padres. Catalina, me duelo de tí : el enemigo que sale á probar tus fuerzas solo visto en figura tal cual la describe Job, es capaz de poner miedo al ánimo mas robusto, pero mejor te instruirán sus asaltos.

Si señores : el ángel de tinieblas se transforma en ángel de luz, y reprende la resolucion de Catalina como opuesta á la voluntad de Dios. Catalina no le cree, le hace palpar ante sus piés como Tobías al pez devorador. Toma otra forma. Ya no es ángel, sino verdugo. Se arroja á ella, la deja medio muerta á la violencia de sus golpes. Dios le ha dado permiso para que pruebe si hay algun otro semejante á Job. Como este príncipe de Idumea, pierde la salud en esta lucha, sin que desfallezca su valor : reune el demonio sus fuerzas, tiende sus redes contra la que tiene alas para remontarse y no caer ; la pone delante aspectos lascivos, movimientos torpes ; derrama en su corazon la copa del deleite impuro. ¡Qué afliccion! Qué dolor! ¡Qué rompimiento de corazon!

Ángel tutelar de Catalina, ¿á dónde estás? Tú, que sacaste á Susana de las infames manos de los viejos lascivos : tú, que bajaste á la hoguera de Babilonia para dividir sus llamas : tú, que con el azote en la mano tomaste tan pública venganza de la sacrilega impiedad de Heliodoro, que pretendia saquear el templo santo, ¿por qué no hiciste tambien estos buenos oficios por Catalina, que mas sábia que Agar, nunca se habia olvidado de su deber, mas pura que Susana, nunca habia conocido varon : embestida de mas peligrosas llamas que Sidrach, Misach

y Abdónago, esperaba del infinito poder de Dios una proteccion igualmente visible?

No la falta la fuerza de la gracia. Hace renacer su fortaleza, y encarada al demonio le dice : para mí, no solo estas molestias que padezco, sino otras que me podeis ocasionar, las sufriré gustosa por el amor de Jesucristo. Estas voces, como las trompetas de Josué, echan por tierra á esta soberbia Jericó. El demonio se precipita al abismo. Catalina, como otro ángel Rafael, aprisiona este Asmodeo en el desierto. Esta débil mujer, segun la carne, humilla á este Leviatan soberbio, temido de todos, y temeroso de nadie.

Entre tanto, ¡qué bello le parece á Jesucristo este lirio entre las espinas! ¡Qué enamorado está este incomparable Salomon de los castos ojos de esta paloma! Se la aparece, la muestra lo que ha padecido por ella, y lo que ella debe sufrir por su nombre. ¿Dónde estabas, Dios mio, dice Catalina, cuando mi corazon estaba acometido de la impureza? En tu corazon estaba, hija querida, la responde este Dios del consuelo.

Allí estaba en el corazon de esta vírgen, como el esposo de los cantares estaba en el corazon de su esposa cuando le buscaba por las calles, y las guardas de la ciudad la maltrataron. Estaba en el corazon de Catalina, como cuando navegaba con los apóstoles dormido, durante una furiosa tempestad que les amenazaba un pronto naufragio. Estaba en el corazon de Catalina como una tierna madre junto á su pequeñito hijo, que se finge dormida, y no le da el pecho luego que le pide, él grita, la tira con sus pequeñitas manos, acerca la boca cuanto puede, ya no puede disimular, le abraza, le besa, le estrecha entre sus brazos, le da el pecho con tanta mayor ternura, cuanto mas tiempo le habia dejado en su impaciencia. Así lo hiciste, ó Dios mio, con esta vírgen ; la affigiste, pero luego la llenaste de consuelos, la diste un nuevo aliento para salir victoriosa de otro género de martirio en algun sentido mas duro que el martirio mismo. Voy á hablaros de los peligros y trabajos contra la delicadeza de su conciencia.

Apénas hallaréis imágen mas expresiva de los disgustos, sequedades y temores que sufrió Catalina, que la de David, cuando fugitivo de Saúl en los páramos de Idumea, pintaba las tristes calidades de la mísera region adonde le habia arrojado su desgracia. ¡Ay, decia, Dios mio! ¿qué es lo que pasa por

mí, que ni estoy á la vista del tabernáculo, ni gozo de la presencia del arca de la alianza, y me veo obligado á adorar la virtud desde una tierra desierta, sin caminos y sin agua: *In terra deserta, in via, et in aquosa*. Catalina, como David, se halla en este páramo, sin fruto, sin compañía y sin consuelo, como expone el docto cardenal Hugo.

Sin fruto: en lugar de aquellos suaves consuelos que la hacían amable la virtud, se ve en las repugnancias de la naturaleza. Ama á Dios, y no sabe si le ama. Asustada á vista de sus pecados, cae repentinamente desde el esplendor del paraíso hasta las puertas del abismo, para explicarme así: nada la llena, nada la satisface. Una triste voz sale de su interior, que oponiéndose á su confianza, la dice que no verá al Señor en la tierra de los vivientes.

Hállase sin compañía: Dios se la esconde entre nubes. Le llama, y no la responde, no puede descubrir el brazo que la sostiene, ni el escudo que la defiende. Lo mas terrible de su aflicción es, dice el venerable Granada, el juzgarse totalmente desechada de la presencia de Dios. Inundada de este cáliz de amargura, clama: Dios mio, ¿por qué me has abandonado?

Hállase sin refrigerio: las criaturas la fastidian, los flacos se escandalizan de su vida extraordinaria, los maliciosos se burlan de sus ayunos. Confesores ignorantes la miran como á ilusa, la mandan que coma, y obedece; pero se pone en las márgenes de la muerte. No halla adonde refugiarse: *Circumspexi*, dice con Isaias, *et non erat auxiliator*.

Estado fatal, día de batalla en que los hijos de Efren, precitados de diestros en el arco, suelen volver las espaldas al enemigo, y abandonarse al miedo. Catalina por el contrario, ahora es cuando vuelta á sí se dice: ¿entraste acaso Catalina á servir á Dios por los consuelos que reparte, ó por el infinito amor que se merece? Ahora que experimentas el penoso desvío de tus desdenes, has de mostrarte mas fina en su obsequio que en otras ocasiones. ¡O llama seráfica! Esto llamo yo pelear contra Dios, y vencerle como Jacob.

Porque de hecho se disipan las tinieblas que oscurecían á Egipto, y aparece una hermosa luz sobre esta tierra de Jesen. María santísima la recrea con su presencia, y la manda tomar por confesor al venerable Capua, hombre de literatura y de virtud: este es el Rafael que cura la ceguera de este Tobías,

y la columna de fuego que le enseña los caminos derechos á la tierra prometida. Él es en adelante para esta virgen lo que Gerónimo para Paula, lo que Gregorio para Gorgonia, lo que Francisco para Clara, lo que Benito para Escolástica, lo que Alcántara para Teresa. Catalina corre viento en popa tras los perfumes de su esposo, gozando de una apacible calma despues de borrasca tan deshecha. ¿Acabáronse por eso las aflicciones? ¡Ah! que la bonanza dura poco; vienen de tropel contra ella trabajos y peligros que afligen el fervor de su celo.

La Iglesia, este reino conquistado con la sangre del Cordero, se ha dividido en partes: las columnas del templo se estremecen, y parece quiere venirse á tierra. No se ha destinado una sola águila como en Ezequiel para que desentrañe la medula de este cedro: no un solo gusano que royese la raíz de esta hiedra como en Jonas. Todo el infierno ha derramado un torrente de ira y de furor sobre la mas noble porción del cristianismo. Los Florentines se ponen en arma contra el papa, quieren tomar injusta posesion de la heredad del Señor. ¡Qué dolor! Este acaba con la vida de Gregorio XI. Los insultos prosiguen con la muerte de este padre de la paz. La Francia levanta un antipapa Clemente VII, en todo opuesto á Urbano VI, verdadera cabeza de este cuerpo visible. El cisma crece, los escándalos se multiplican, el rostro de esta hija de Sion está cada vez mas desfigurado.

Profundicemos este pensamiento. La Iglesia habia sufrido semejantes turbulencias en otros tiempos. En el siglo III el cisma de Novaciano, que intentó colocarse sobre el trono de san Cornelio. En el siglo IV los cismas de Ursino que intentó arrojar de la silla de Roma al papa Dámaso. El de Donato que tuvo la temeridad de ordenar obispo de Cartago á Mayorino, en perjuicio de Ceciliano que habia sucedido canónicamente á Mensurio. En el siglo V los cismas de Eulalio, nombrado pontífice por los favorecidos del prefecto de Roma, el de Laurencio, que quince años hizo frente al legítimo pontífice san Simaco. En el siglo VI los cismas de Dioscoro que quiso comprar la dignidad que por mérito no alcanzó, el de Teodora que quiso introducir á Vigilio en la silla de Roma, desterrado Silverio. En el siglo VIII el cisma de Constantino y Filipo que hicieron ver en Roma un monstruo de dos cabezas. En el siglo IX los cismas de Anastasio en la eleccion de Benedicto III, el de Sergio con-

tra Formoso, y el de Focio, lego intruso en la silla de Constantinopla en lugar de san Ignacio. Pero en vano molestaré vuestra atención y mi memoria; no hallaré en la historia de los siglos mas que cismas particulares, ó de poca duracion; el cisma del siglo XIV afligió á toda la Iglesia por el espacio de treinta años. Tormenta deshecha de truenos, relámpagos y rayos en que no pocos perecieron.

¡O Dios! ¿Quién será el Noé que prevenga tablas á tantos miserables naufragantes? ¿Quién la paloma que anunciará la serenidad en tan gran diluvio? ¿Quién el Onías que restituirá á su esplendor el magnífico templo de la Iglesia? ¿Quién? la incomparable Catalina. Manda el cielo prontamente que tome sobre sí el peso de esta empresa. Moises témeroso de no desempeñar dignamente un cargo semejante, le renunció. ¿Quién soy yo, le dijo á Dios, para hablar á Faraon? Catalina llena de un espíritu superior, aplica su vigilancia, sus prodigios, su invencible paciencia para defender el pueblo nuevo, el sacerdocio real, la nacion santa que adquirió Jesucristo con su sangre. ¡Qué bellos son los piés, y qué gracioso el andar de esta evangelizadora de la paz! ¡Pero qué terribles los trabajos que padece! Experimenta sucesivamente aquella cadena de penalidades, cuya espantosa numeracion hace san Pablo: peligros de parte de los ladrones, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros entre los falsos hermanos, la pobreza, las vigilijs, la sed, el frio, la desnudez; sin embargo, ella se sostiene, triunfa por la virtud de aquel que sabe hacer omnipotente la misma flaqueza.

La acechan en los caminos para quitarla la vida, pero ella vuela de Sena á Aviñon, de aquí á Pisa, de Pisa á Florencia, vuelve á la Francia, aparece en Luca, una y otra vez se deja ver en Roma. Veis ahí á otro Pablo.

El papa mira con indiferencia sus palabras, ella le responde seriamente, le escribe cartas llenas de celo y fortaleza. Veis ahí un Bernardo hablando al papa Eugenio. Fulmina el papa censuras, Catalina impide estos dardos de terror ya con súplicas, ya con amenazas. Veis ahí á otro Ireneo deteniendo la excomunion contra los Asiáticos en tiempo de san Víctor.

Los cardenales se burlan de ella en público consistorio; ella los confunde, los convence, los aterra. El antipapa Clemente se señorea en Francia. Catalina le hace funestos anuncios, si

no obedece al legítimo pontífice. Veis ahí otro Jeremías en presencia de los grandes.

Entra en Roma: los descontentos la silban y la desprecian. ¿Hasta cuándo quieres permanecer en tu simplicidad? la dicen como á Job. Mujer ilusa, ¿este es el fruto de tus ayunos? la dicen otros como á Tobías. Todo lo sufre Catalina, nada la acobarda. Exclama con el Apóstol: estoy cierta de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni los ahogos presentes, ni cuantos me pueden venir en adelante, ni la fortaleza, ni la altura, ni el abatimiento, ni otra criatura será capaz de separarme del amor que tengo á Jesucristo.

Atraviesa los desiertos como legada de la paz: alcanza que el papa transporte la silla de san Pedro de Aviñon á Roma: restituye á la Iglesia la gloria del Libano, y la belleza del Carmelo y de Saron: hace accesibles los montes de dificultades, y las sendas impracticables las convierte en anchurosos caminos. Cumpliósse por ella lo que está escrito: *Servavi te, et dedi te in fœdus populi ut suscitares terram, et possideres hereditates dissipatas.* Alabadla cielos: *laudate cœli.* Rebosa de alegría, ó tierra santa: *et exulta terra:* contad los dias de vuestra alegría, ó montes: *jubilate montes.* El Señor ha consolado á su pueblo, ha restituido la paz; se acabó la afliccion, rebusad todos en avenidas de gozo: *Quia consolatus est Dominus populum suum.*

Dios, fiel en vuestras palabras, consolad igualmente á vuestra esposa Catalina: ya asegurasteis que llenariais de bendiciones de consuelo al que pelease con valor: practicadlo pues con esta afligida virgen que ha sabido sostenerse en los peligros, y léjos de retroceder, emprendió hacer cuanto fuese necesario para proteger vuestra causa: *Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum.* Derramad sobre ella vuestros consuelos. Así conviene para hacer de ella la última prueba, y mostrar que si ha sido fuerte en los peligros, tambien lo fué en los cariños. Señores, este es el asunto de la

TERCERA PARTE.

Llenar á una alma de una dulce serenidad despues de una furiosa tempestad; llenarla de luces y consuelos despues de una